

LEV TOLSTÓI

«LUCERNA» Y «ALBERT»

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Люцерн*  
*Альберт*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2024 by Selma Ancira Berny  
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Campanadas al atardecer* (1892), de Isaak Levitán

ISBN: 978-84-19036-84-1  
DEPÓSITO LEGAL: B. 21 742-2023

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Lucerna

7

Albert

57

*Notas de la traductora*

III



LUCERNA  
DE LAS NOTAS DEL  
PRÍNCIPE D. NEJLIÚDOV

*8 de julio*

Ayer por la tarde llegué a Lucerna y me alojé en el mejor hotel del lugar, el Schweizerhof.

«Lucerna, antigua ciudad cantonal que yace a las orillas del lago de los cuatro cantones—escribe la guía Murray—,<sup>1</sup> es uno de los lugares más románticos de Suiza; en ella se cruzan tres caminos importantes, y a una sola hora de viaje en barco se encuentra el monte Rigi, desde donde se abre uno de los panoramas más bellos del mundo».

Cierto o no, otras guías dicen lo mismo, y por eso a Lucerna llegan infinidad de viajeros de todas las nacionalidades, pero sobre todo ingleses.

El suntuoso edificio de cinco plantas del Schweizerhof fue construido recientemente en el malecón, junto al lago, en el lugar mismo donde antaño se encontraba un viejo puente de madera, cubierto, sinuoso, con capillas en los extremos e imágenes sagradas en los cabrios. Ahora,

gracias a la llegada masiva de los ingleses, a sus necesidades, sus gustos y su dinero, el viejo puente ha sido demolido y en su lugar han levantado un malecón de piedra, derecho como un palo. Sobre el malecón edificaron casas rectangulares de cinco plantas, frente a las cuales colocaron dos hileras de jóvenes tilos, los apuntalaron y, entre ellos, como debe ser, pusieron bancos de color verde. Esto es lo que se llama «el paseo». Y es ahí por donde pasean arriba y abajo las inglesas con sombreros de paja suizos y los ingleses con trajes resistentes y cómodos, disfrutando de lo que han creado. Puede ser que esos malecones y esas casas, esos tilos y esos ingleses queden bien en otro lugar, pero desde luego no aquí, en medio de esta naturaleza extrañamente grandiosa y al mismo tiempo indeciblemente armónica y delicada.

Cuando entré en mi habitación y abrí la ventana que daba al lago, en un primer momento me quedé literalmente enceguecido y conmocionado por la belleza de esa agua, de esas montañas y de ese cielo. Sentía en mí la inquietud interna y la necesidad de expresar de algún modo la abundancia de ese algo que de pronto desbordaba mi alma. En ese momento tenía ganas de abrazar a alguien, de estrecharlo entre los brazos con to-

das mis fuerzas, de hacerle cosquillas, de pellizcarlo; en fin, de hacerle y hacerme a mí mismo algo excepcional.

Eran más de las seis de la tarde. Había llovido todo el día y el cielo comenzaba a despejarse. Azul como azufre incandescente, el lago, constelado de barcas cuyas estelas se desvanecían, se extendía inmóvil, liso, como en relieve frente a mis ventanas, enmarcado por diversas orillas verdes; se alejaba estrechándose entre dos grandes relieves y, oscureciéndose, se internaba y desaparecía entre los valles amontonados unos sobre otros, las montañas, las nubes y los glaciares. En primer plano, las húmedas riberas verde claro, con sus juncos, sus prados, sus jardines y sus villas; más allá, los boscosos relieves verde oscuro con las ruinas de sus castillos; en la lejanía, como arrugado, el blanco violáceo del fondo montañoso con sus caprichosas y abruptas cumbres cubiertas de una nieve blanco mate. Y todo esto inundado del azul tierno y transparente del aire e iluminado por los cálidos rayos del atardecer, que se abrían paso rasgando el cielo. Ni en el lago, ni en las montañas, ni en el cielo había una sola línea continua, un solo color uniforme, un solo momento igual a otro; por do-

quier, el movimiento, la asimetría, el capricho, la mezcla infinita y la variedad de las sombras y de las líneas, y, en todo, la calma, la suavidad, la unidad y la necesidad de lo bello. Y ahí, en medio de esa belleza indefinida, desordenada y libre, justamente frente a mi ventana, de manera tonta y artificiosa, destacaban el palo blanco del malecón, los jóvenes tilos con sus puntales y los bancos verdes, míseras y ramplonas creaciones humanas que, a diferencia de las villas y de las ruinas lejanas, no se fundían con la armonía generalizada de la belleza, al contrario, le eran toscamente opuestas. Sin que yo así lo quisiera, mi mirada chocaba de continuo con esa línea terriblemente recta del malecón, y yo, en mi mente, quería apartarla, eliminarla como a una mancha negra que se tiene en la nariz justo debajo de los ojos; pero el malecón con sus paseantes ingleses continuaba ahí, y yo, instintivamente, intentaba encontrar un punto desde donde pudiese mirar sin verlo. Acabé lográndolo, y hasta la hora de la comida disfruté solo conmigo mismo de ese sentimiento imperfecto pero dulcemente punzante que uno experimenta cuando contempla en soledad la hermosura de la naturaleza.

A las siete y media me llamaron para la cena.



En la planta baja, en una sala grande y espléndidamente decorada, se habían dispuesto dos largas mesas para por lo menos cien personas. El silencioso movimiento de los huéspedes que iban llegando duró alrededor de tres minutos: el frufú de los vestidos de las mujeres, los pasos ligeros, los intercambios de palabras, siempre en voz muy baja, con amabilísimos y elegantísimos camareros. Todos los sitios fueron ocupados por hombres y mujeres de una pulcritud impecable, vestidos con gran belleza, incluso elegancia. Como es habitual en Suiza, la mayoría de los huéspedes eran ingleses, y por lo tanto los rasgos principales de la mesa común eran: una decencia severa, erigida en ley; una falta absoluta de comunicación basada no en el orgullo, sino en la nula necesidad de acercamiento y en el goce solitario que procura la satisfacción cómoda y agradable de las propias necesidades.

Por todas partes brillan blanquísimos encajes, blanquísimos cuellos almidonados, blanquísimos dientes naturales y postizos, blanquísimos rostros y manos. Pero los rostros, muchos de los cuales son bellos, sólo expresan la conciencia de su propio bienestar y una falta absoluta de atención en lo que los rodea si no está en

relación directa con su persona; y las blanquísimas manos, con sus sortijas y sus mitones, no se mueven sino para arreglarse los cuellos, cortar la carne o llenar una copa de vino: en sus movimientos no se refleja una sola emoción del alma. De tanto en tanto una familia intercambia algunas palabras en voz baja sobre el agradable sabor de algún plato o de un vino y sobre la belleza de la vista que se tiene desde el monte Rigi. Los solitarios viajeros y viajeras están sentados uno al lado del otro, solos, en silencio, sin intercambiar siquiera una mirada. Si en algún momento, de esas cien personas, hay dos que conversan, seguramente es sobre el tiempo que hace y la ascensión al monte Rigi. Los cuchillos y los tenedores van y vienen sin hacer ruido en los platos, las viandas se sirven en pequeñas porciones, los guisantes y las verduras se comen infaliblemente con el tenedor. Los camareros, sometándose maquinalmente al mutismo general, preguntan en voz muy baja: «¿Qué vino desea?». Esas comidas siempre me provocan una sensación de opresión, de desagrado y, finalmente, de tristeza. Siempre tengo la impresión de haber hecho algo mal, de estar siendo castigado, como en la infancia, cuando por alguna travesura me obliga-

ban a quedarme sentado en mi silla y me decían con sarcasmo: «¡Descansa, querido!», al tiempo que mi sangre juvenil hervía en mis venas y en la habitación contigua se oían los alegres gritos de mis hermanos. Yo, antes, intentaba rebelarme contra la sensación de opresión que me producían esas comidas, pero era en vano. Todos esos rostros sin vida tienen en mí un efecto invencible, de modo que yo mismo me transformo en un muerto como ellos. No quiero nada, no pienso, ni siquiera observo. De entrada, traté de entablar conversación con mis vecinos, pero aparte de frases que, claramente, habían sido dichas cien mil veces en ese lugar y cien mil veces con la misma cara, no obtuve más respuesta. Y todas esas personas no eran ni tontas ni insensibles, y lo más probable es que muchos de esos gélidos individuos tuvieran una vida interior como la mía, y algunos incluso más compleja e interesante. Entonces, ¿por qué se privan de uno de los mayores placeres de la existencia, el de disfrutar de estar juntos, disfrutar de la compañía humana?

¡Qué diferencia con nuestra pensión parisiense, donde una veintena de representantes de las más diversas naciones, profesiones y modos de ser, bajo la influencia del temperamento co-

municativo de los franceses, convergíamos en la mesa común dispuestos a pasar un buen rato! Ahí, de un extremo al otro de la mesa, todos participábamos de la conversación salpimentada de bromas y calambures, aunque a menudo en un francés chapurreado. Ahí, cualquiera, sin preocuparse de cómo sonaría, soltaba lo que le pasaba por la cabeza; teníamos a nuestro filósofo, nuestro polemista, nuestro *bel esprit* y uno del que nos burlábamos, todo era común. Ahí, apenas terminada la comida, apartábamos la mesa y, llevando o no el compás, nos poníamos a bailar la polka sobre la polvorienta alfombra hasta que caía la noche. Ahí, aun si éramos coquetos y no demasiado inteligentes ni delicados, éramos personas. Entre todos nosotros, la condesa española con sus aventuras novelescas, el abate italiano que declamaba la *Divina comedia* después de la comida, y el doctor americano que tenía acceso a las Tullerías, y el joven dramaturgo de pelo largo, y la pianista que había compuesto, según decía, la mejor polka del mundo, y la bella y desdichada viuda con tres sortijas en cada dedo, se habían entablado relaciones humanas que, aun siendo superficiales, eran de mutua simpatía. Nos separamos llevando, unos de otros,

quien recuerdos agradables, y quien recuerdos incluso sinceramente cordiales. En cambio, en las *table d'hôte* inglesas, al ver todos esos encajes, cintas, sortijas, cabellos engominados y vestidos de seda, con frecuencia pienso: ¿cuántas mujeres vivas habrán sido felices y habrán hecho felices a otros con esta indumentaria? Es curioso pensar en cuántas personas de las que están aquí sentadas, unas al lado de las otras, podrían llegar a ser amigos y amantes, quizá los amigos y amantes más dichosos, y no lo saben. Y sabe Dios por qué no lo sabrán jamás ni se darán jamás los unos a los otros esa felicidad que tan fácilmente pueden dar y tanto anhelan.

Me embargó la tristeza, como siempre después de esas comidas, y, sin haberme terminado el postre y en un estado de ánimo deplorable, salí a deambular por la ciudad. Las callejuelas estrechas y sucias, sin iluminación, las tiendas cerradas, los encuentros con obreros ebrios y mujeres que iban a buscar agua o, tocadas con sombreros, se deslizaban por los callejones rasando las paredes y mirando siempre alrededor no sólo no disiparon, sino que acentuaron mi mustio estado de ánimo. Ya reinaba la oscuridad en las calles cuando, sin mirar alrededor, con la cabe-

za vacía, me dirigí al hotel esperando que el sueño me ayudase a librarme de mi lúgubre disposición anímica. Sentía mi alma pesada, invadida por una terrible sensación de frío y de soledad, como a veces sucede sin una razón aparente cuando uno llega a un lugar nuevo.

Yo, con la vista en el suelo, iba por el malecón rumbo al Schweizerhof cuando de pronto me sorprendieron los sonidos de una música extraña pero sumamente dulce y grata. Aquellos sonidos de inmediato tuvieron un efecto vivificante en mí. Como si una luz resplandeciente y alegre hubiese penetrado en mi alma. Comencé a sentirme bien, contento. Mi aletargada atención de nuevo empezó a interesarse por todas las cosas que me rodeaban. Y tanto la belleza de la noche como la del lago, a las que antes había permanecido indiferente, de pronto ahora, como si de una novedad se tratase, me sorprendieron de forma muy agradable. Sin yo buscarlo, en un instante, reparé en el cielo encapotado, rayado de manchones grises sobre el fondo azul oscuro que la luna en ascensión iluminaba; en la superficie lisa del lago verde oscuro con todas las lucecitas que en él se reflejaban, y, en la lejanía, en las montañas neblinosas y los gritos de las ranas del

lado de Fröschenburg, así como en el reciente silbido de las codornices que, salpicado de rocío, llegaba desde la otra orilla. Justo delante de mí, en el lugar de donde provenían los sonidos y hacia donde sobre todo dirigía mi atención, vi en medio de la penumbra, en mitad de la calle, a un gentío congregado en semicírculo y, frente al gentío, a cierta distancia, a un hombre diminuto vestido de negro. Detrás del gentío y del hombrecito, sobre el fondo azul oscuro y gris de los rayones del cielo, se distinguían armoniosos algunos chopos negros del jardín y, a ambos lados de la vieja iglesia, se elevaban majestuosas las dos severas agujas de las torres.

Me acerqué, los sonidos se hicieron más nítidos. Distinguía claramente los acordes lejanos de una guitarra, que se mecían dulcemente en el aire vespertino, y algunas voces que, interrumpiéndose unas a otras, no cantaban la melodía, sino que, entonando aquí y allá los pasajes más expresivos, la sugerían. La melodía hacía pensar en una mazurca graciosa, bonita. Las voces parecían ora cercanas, ora lejanas; de pronto se oía un tenor, de pronto un bajo o un falsete realizando arrulladoras subidas y bajadas con la voz. No era una canción, sino el esbozo brillante y lige-

ro de una canción. No lograba entender qué era, pero era muy hermoso. Todo resultaba extraño: aquellos voluptuosos y lánguidos acordes de guitarra, aquella melodía dulce y ligera y aquella pequeña figura solitaria del hombrecito vestido de negro en medio del quimérico escenario del lago oscuro, con la luna asomando por entre las nubes, las dos inmensas agujas de las torres elevándose en silencio y los negros chopos del jardín; todo era extraño, pero de una belleza indecible, o a mí así me lo pareció.

Las impresiones involuntarias y enmarañadas de la vida alrededor adquirieron para mí, de pronto, sentido y encanto. Fue como si en mi alma hubiese brotado una florecita fresca y fragante. En vez de la fatiga, la distracción y la indiferencia por todo en el mundo, experimentada el minuto previo, de pronto me embargó la necesidad de amar, me sentía lleno de esperanza y de una inmotivada alegría de vivir. «¿Qué más se puede desear? ¿Qué más se puede pedir?—me dijo de pronto una voz interior—. Helas aquí. Por todos lados estás rodeado de belleza y de poesía. Aspíralas a grandes y profundas bocanadas, con todas las fuerzas que tengas, disfrútalas. ¿¡Qué más se necesita!>? Todo es tuyo, todo es bueno...».